

“La experiencia la da el conocimiento”

TEXTO: JAIME FERNÁNDEZ / FOTOS: J. DE MIGUEL

JUAN CRUZ

“Estoy en el corazón de México, en Zacatecas, donde hace algunos años Gabriel García Márquez pidió, ante académicos de la lengua española, la abolición de la ortografía. Ahora estoy aquí entre escritores de muchas partes del mundo, reunidos por el Hay Festival, que se celebra aquí por vez primera. Esta mañana he desayunado con Héctor Abad Faciolince, el extraordinario escritor colombiano, uno de los más importantes de su generación y acaso de las últimas generaciones de escritores en lengua española”. Estas frases forman parte de una de las últimas entradas de Juan Cruz en su blog “Mira que te lo tengo dicho”. En ellas se reflejan muchas de las ideas de quien es adjunto a la dirección el diario El País, en el que trabaja desde su fundación en 1976. Algo antes ya había publicado su primer libro *Crónica de la nada hecha pedazos* y desde entonces se ha hecho con algunos galardones, como el Premio Canarias de Literatura y también los premios Benito Pérez Armas y Azorín de novela. Cuando quedamos con él lleva todo el día de un lado para otro, pero incluso así se para con nosotros y responde, con paciencia, a nuestras preguntas.

– **Comencemos por el principio, por Tenerife, la isla que le vio nacer. ¿Cuánto ha influido su origen en su literatura?**

– Mucho. Hay una frase de Beckett que descubrí una vez leyendo un libro suyo en el Teide, que dice algo así como: “Uno cree haber dejado la isla. Uno nunca deja la isla. Jamás”. Yo creo que eso le ocurrió a él como irlandés, pero también a mí, que nunca he dejado la isla. Hay siempre un efluvi sentimental que proviene de algo que es terreno, que es huerta, es mar, es orilla, es el olor y para mí los olores son fundamentales, porque soy asmático.

– **¿Se potencia ese amor por el territorio natal según pasa el tiempo?**

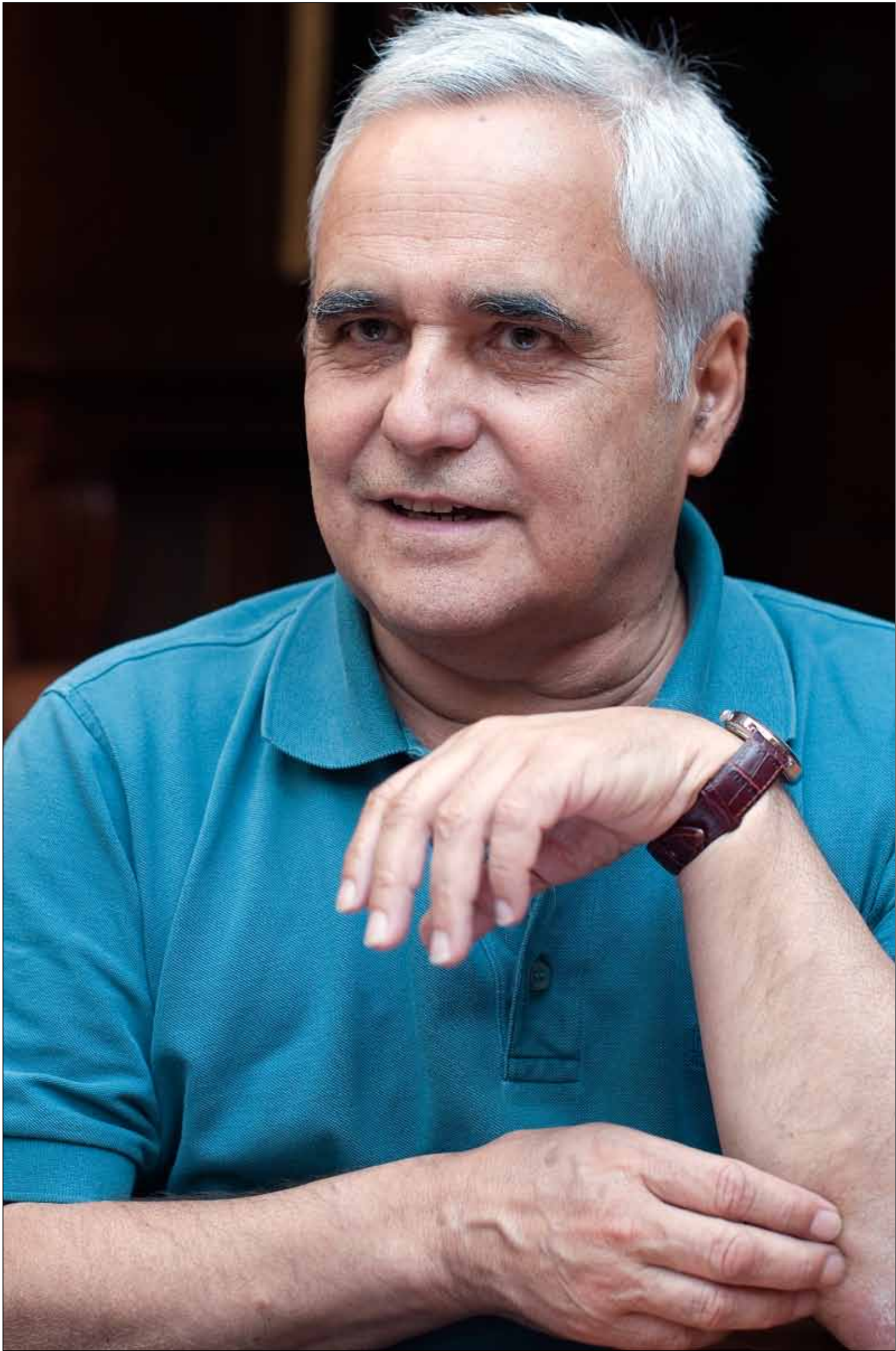
– Hay una edad que sólo se puede tener cuando llegas a tu tierra. Allí, la edad de la infancia se confunde entonces con todas las edades. Cuando uno llega a su territorio tiene sucesivamente todas las edades.

– **El escritor Antonio Muñoz Molina confiesa que con la edad no se aprende casi nada. ¿Tiene usted la misma sensación?**

– El tiempo es una cosa quieta por la que uno va pasando. El tiempo no es un instrumento de experiencia. La experiencia la da, en realidad, el conocimiento. La gente cree que los viejos son mejores que los jóvenes. Son mejores si saben más, pero no si se paran en su conocimiento, si la experiencia pasa por ellos en lugar de ser ellos los que pasan por la experiencia.

– **Lo que no le podremos negar al paso del tiempo es la memoria.**

– Claro. La memoria, desde mi punto de vista, es el instrumento que permite darle coherencia a la experiencia. La memoria es como el hilo conductor de mi experiencia, y yo sé cosas porque mi memoria me las



“MI MADRE SABÍA MUCHÍSIMOS REFRANES, MUCHÍSIMOS CUENTOS, Y ME EDUCÓ EN SABER HISTORIAS RARAS, EN MEMORIZAR COSAS INÚTILES. LUEGO LA RADIO ME AYUDÓ TAMBIÉN MUCHÍSIMO. A PESAR DE QUE YO ERA UN NIÑO ENCERRADO, EL MUNDO EN EL QUE VIVÍ ERA EL MUNDO DE LAS SENSACIONES NUEVAS QUE VENÍAN DE LA RADIO”

devuelve ya deglutidas. Uno no sabe por el hecho de haber leído. La memoria es mucho más compleja que eso.

– **¿Cuánto manipula usted la memoria en libros como *Ojalá octubre* o *Egos revueltos*?**

– Yo dejo que venga. Soy como un imán al que van viniendo cosas. Por ejemplo, acabo de hablar de Umbral en El Escorial y Umbral tenía eso, y Semprún lo tiene. Se ponen a escribir y la memoria les va surtiendo. Probablemente ninguno de los dos sabe qué va a decir antes de ponerse a escribir. Les va viniendo y a mí me pasa lo mismo. La memoria, desde mi punto de vista, se hace así.

– **Volvamos un momento a su infancia, cuando empezó a trabajar en la radio, sin tener todavía los quince años. ¿De aquella experiencia le ha quedado también la pasión por la palabra, por la oralidad?**

– A mí me influyó mucho mi madre. Mi madre sabía muchísimos refranes, muchísimos cuentos, y me educó en saber historias raras, en memorizar cosas inútiles. Luego la radio me ayudó también muchísimo. Yo soy por la radio. La radio me abrió ventanas, me abrió puertas. A pesar de que yo era un niño encerrado, el mundo en el que viví era el mundo de las sensaciones nuevas que venían de la radio. Todo el rato yo estaba descubriendo cosas, y entre ellas la radio me dio la sintaxis. La escritura, el pensamiento y la imaginación son sintaxis. Cuando ya sabes decir algo, ya puedes escribirlo. Y la radio me enseñó a decir, y por tanto a escribir.

– **En estos momentos en los que se habla de la crisis del periodismo en soportes como el papel. ¿Sobrevivirá la radio, como ha hecho siempre?**

– Yo creo que la radio es el medio natural para respirar la actualidad, o al menos es mi medio natural. Y a la radio hay que unirle los libros, que son para respirar el pensamiento. Vivimos un tiempo de información y no de pensamiento, y ese es un grave problema social del que provienen todas las confrontaciones, incomprensiones, intolerancias. Vivimos un tiempo interesante y peligroso.

– **Hablando de peligro, ¿algún escritor se ha enfadado con usted por las opiniones vertidas sobre él en *Egos revueltos*, su último libro?**

– Algunas protestas hubo, pero no muchas. Es un libro no malencarado. En él se ajustan algunas cuentas, pero no para quedar yo bien. Es más, en la mayor parte de las cuentas que se ajustan quien queda mal soy yo.

– **Mi pregunta venía a cuento por unos comentarios que hizo este mismo año en una conferencia en la que dijo que los escritores siempre piden opinión sobre sus libros, pero nunca les gusta que se les diga la verdad.**

– Eso es cierto, pero en este último libro no se cuenta qué me gusta de los escritores, sino que más bien narro lo que son.

– **¿Y a usted le gusta que le digan la verdad o prefiere que le engañen?**

– Bueno, yo como he sido editor ya sé qué me puedo decir a mí mismo. Los libros sueñan, y es ese diapasón el que te dice sí o no.

– **¿Se hacen más enemigos como editor o como periodista?**

– Supongo que en mi caso como editor, porque yo no hago un periodismo de trinchera o de malediciencia o de rumor. Mi periodismo es, más bien, encontrarme con gente y contar lo que les pasa.

– **¿Se quedó con ganas de editar a alguien?**

– Edité a casi todo el mundo que quise. Me hubiera gustado editar a García Márquez, pero no fue posible, y a Borges. En este caso fue posible, pero pedían mucho dinero. Edité a Cortazar, a Nabokov, a Scott Fitzgerald, a John Berger, a Manuel Rivas, a Muñoz Molina, a Marías, a Pérez Reverte, a Onetti, a García Hortalano, a Benet... No me puedo quejar, realmente.

– **¿Y se arrepintió de editar a algún escritor?**

– Sí. Editar a algunos fue una estupidez porque no tenían que ver con el sello Alfaguara, y un editor no publica sólo lo que le gusta, sino lo que tiene que ver con el sello.

– **Uno de los aspectos más sorprendentes de su vida es su ajetreada agenda, escribiendo artículos en El País, en su propio blog, asistiendo a conferencias, hablando en la radio. ¿Cuántas horas puede llegar a trabajar al día?**

– Días como hoy muchas horas, de siete de la mañana a la una de la madrugada, pero a veces no son tantas. Por ejemplo, en este día he estado primero en El Escorial, antes de eso he tenido que escribir un artículo para El País Semanal, luego he venido a Madrid a una comida, he vuelto a un coloquio en los cursos de verano de El Escorial, ahora he vuelto a la Ciudad Universitaria y luego tengo que regresar a El Escorial. A pesar de eso, reconozco que ha habido épocas en mi vida en que he hecho aún más, ahora vivo una etapa un poco más tranquila.

– **Con todo ese tiempo ocupado, ¿qué placeres le quedan? ¿Sigue yendo los sábados por la mañana a visitar librerías?**

– Sí, eso sigo haciéndolo. Aparte me gustan las nueces, el agua fría, el café, me gusta leer, me gusta cierta armonía, me gusta el fútbol, las horas tranquilas, me gusta escribir y me gusta que la gente se lleve bien, y no me gusta la malediciencia. 🍷📖